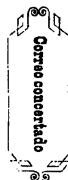


# EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA



Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Calle de la Lechuga, núm. 13

Suscripción.

Un año ..... 3,00 pesetas.  
Número suelto ..... 0,10  
Idem atrasado ..... 0,15

Pago adelantado.

## El Cardenal Aguirre

Arzobispo electo de esta Diócesis.

«No he visto hombre más activo ni de más segura inteligencia que el Padre Aguirre», nos decía un ex Ministro de la Corona, á raíz del nombramiento para esta Diócesis del Eminentísimo Purpurado.

Por entonces creímos exagerada la frase, y aun suponiendo en el aludido hombre públicos razones bastantes y conocimientos suficientes para retratar la alta personalidad del Sr. Cardenal, juzgamos á éste encomiásticamente favorecido. Después, cuando hemos ido recogiendo datos de su preciosa vida, acumulando hechos y amontonando notas; al ir estudiando las prendas que le adornan, las virtudes que le enaltecen y la gloria que le acompaña, ¡cuán poco nos ha parecido encerrar aquella frase del notable hombre público, suficiente para hacer el encomio de otro cualquiera que no fuera de la gigantesca talla del Padre Aguirre!

Nuestro propósito no es otro que trazar á la ligera alguna pequeña semblanza, dar unos cuantos datos del nombrado para ser nuestro Padre y Pastor; y sin embargo, con parecer tan fácil, es para nosotros harto difícil la empresa, por ser siempre el saber escoger entre muy preciosas y variadas joyas las de más valor, las de mayor estimación y aprecio, cosa que nos sucede ahora con el Emmo. Cardenal Aguirre; pues si nos ocupamos de su actividad ó de su inteligencia, parecen olvidadas su ardiente caridad, su paternal solicitud y aquella austeridad sublime con que quiere vivir y vive para edificación y utilidad de la grey á su pastoral solicitud encomendada.

El año 1885, 12 de Marzo, en Pola de Gordón, de la provincia de León y Obispado de Oviedo, nació nuestro biografiado, y en el Seminario de su provincia hizo, con admirable aprovechamiento, la carrera eclesiástica, demostrando desde los primeros momentos su grande inteligencia y más grande amor á la virtud.

Dando vuelos á ésta y deseando encontrar el más adecuado ambiente á su desarrollo, pensó en la vida religiosa, y cuando los triunfos escolares pudieran llevarle con mayor ímpetu á buscar los aplausos del mundo, ansiando sólo vivir para Dios y dedicarse á servirle y adorarle, tomó el hábito de la Orden de Menores reformada de San Pedro Alcántara, en el Convento de Pastrana, á los veintinueve años de su edad.

Desde entonces, Dios, que da su gracia á los humildes, favoreció visiblemente la vocación y excepcional virtud del nuevo Religioso, y mientras él se preparaba por el estudio y la penitencia para ser un buen fraile y hacer la obra más importante del hombre, salvar su alma, Aquél, que marca los destinos del hombre, le disponía para más gigantescas empresas. Sin embargo, tenía tal amor á la vida monástica el hoy Cardenal, que aun después de alcanzado el mayor encumbramiento, hoy mismo vive con la evangélica humildad, con la seráfica sencillez, con la edificante austeridad propias del alma claustral, admirable para todos, menos para quien la censura, porque no la conoce.

El año 1887 emitió sus votos solemnes, y terminados sus estudios, recibió las sagradas órdenes de un hermano en religión: el eminentísimo Sr. Alameda y Brea. Desde entonces sólo ha escuchado esta voz del Espíritu Santo: «*Charitas Christi urget nos*», y obediente como pocos á esta secreta consigna, inspiró todos sus actos en la más ferviente caridad, naciendo de aquí no sólo maravillosas obras de celo y apostolado, sino un trato exquisito, manifestación de su amor á los hombres, que le ha hecho estimadísimo entre cuantos le trataron.

Empleó sus primeros años de fraile en la explicación y enseñanza de la Filosofía y Teología, nobilísimas ciencias que sólo la Religión ha sabido justamente enaltecer, y, por eso, en manos de un religioso como el Padre Aguirre, encontraron aquel esplendor hermosísimo, propio de quien sabe presentarlas con toda su majestuosa grandeza. Le celebraron los superiores, le aclamaron los alumnos y fué célebre su vasto y profundo saber.

Con esto bastaba para ser estimado dentro de la Orden; pero unía á lo dicho tal bondad en su trato, tanta dulzura en su conversación, tan singular atractivo en su lenguaje, reunido á una humildad sincerísima, que cuantos le hablaban ó conocían quedaban de

eminentes prendas. Cuantos le trataron entonces, que fueron muchísimos, le amaban toda vía como á un padre ó un entrañable amigo, para quienes lejos de cambiar con sus nuevos y eminentes cargos, sigue siendo el mismo, esto es, el Padre Aguirre, el fraile afable, caritativo y cariñoso, que se hacía querer, inspirando profunda confianza y tierno cariño, por su trato afable, llano, sencillo.

Prendas estas muy estimables y unidas como pocas veces sucede á una entereza de carácter incapaz de transigir con el error, de lo cual dió gallarda muestra en cierta ocasión memorable. Eran los tiempos de la revolución del 63, ó poco después, cuando el Padre Aguirre tenía el cargo de Rector en el Convento de Consuega, y por aquellos luctuosos

Predicaba mucho y con grandísima unción; confesaba, daba ejercicios, hacía novenas, organizaba fiestas, preparaba profesiones y se multiplicaba de manera tan excepcional, que pasaba verle en todas partes. Era un verdadero ser extraordinario.

Nunca hubiera pensado salir de estas santas ocupaciones por su voluntad; pero Dios ordenaba otra cosa, y el año 1885 fué nombrado para ocupar la Silla Episcopal de Lugo, debiendo ser bien grandes sus merecimientos cuando el Gobierno, tan poco amigo de los Religiosos, pensó en éste para tan alto puesto.

Entonces empezó para el Cardenal Aguirre nueva era de trabajos más amplios y dilatados, dando tal altura á sus miras, que nada puede decirse que ha quedado desprovisto de su paternal celo, de su dirección acertada, de su pastoral solicitud.

Llevaba para el Episcopado las mejores prendas y las loables facultades. Los cargos de *Definidor* y Rector, de Lector y Catedrático, habían educado y hermosado su inteligencia, llenándola de robusta y saludable ciencia, y la REGLA había impreso en él profundo desprendimiento de todo humano lauro, de todo aplauso de los hombres, arraigando amor perseverante al trabajo, deleite en el bien obrar, horror á la holganza, tino y prudencia bastantes y aún sobrados para jurar odio á la falta, al delito, al pecado, y amor, respeto y caridad para el pecador. Por esto al reprender no hiera, al corregir no mortifica, resultando en todos los casos estimado y querido.

La ciudad de Lugo presenció asombrada las dotes singulares de su nuevo Prelado, y cada nueva temporada, cada día resultaban para los lucenses nuevos vínculos de amor, mayores lazos de gratitud entre ellos y su querido Obispo.

Allí empezó á dar patente prueba de la caridad inmensa que lleva en su pecho, y continuando su vida humilde, sobria y austera de Religioso, viviendo según la REGLA, repartió entre los necesitados montones de dinero en obras y limosnas.

Dos veces visitó personalmente todas las Parroquias de su Obispado; hizo el arreglo Parroquial; celebró concurso y sínodo diocesano, ocasión para dar muestra de su profunda ciencia al redactar sus sabias constituciones; editó el nuevo Seminario; estableció una Comunidad de Franciscanos; abrió el asilo de Hermanitas de los Pobres, y llevó á cabo otras mil obras, sin abandonar su continua predicación, su confesionario y su doctrina. Lugo dió el nombre de su Obispo á una de sus mejores calles; Dios le premió con mayores triunfos.

El año 1894 fué promovido al Arzobispado de Burgos, y su nueva dignidad sólo fué para el Padre Aguirre motivo de mayores desvelos y ocasión de más activos trabajos.

Como en Lugo visitó dos veces las 1.900 Parroquias del Arzobispado; estableció, además, la Universidad Pontificia y el Seminario de Vocaciones Eclesiásticas para estudiantes pobres; restauró la Catedral; celebró y redactó las actas del primer Concilio provincial; celebró un Sínodo Diocesano; fué el alma del quinto Congreso Católico, y á pesar de estas obras capaces de absorber la más pujante actividad, seguía confesando y predicando, dando admirables Pastorales, asistiendo á las fiestas religiosas, distribuyendo numerosas comuniones, asistiendo y organizando conferencias sociales, edificando á todos, moviéndolos y llevándolos, sin obstáculo posible en su marcha salvadora, siempre progresiva y triunfal.

El mismo apostólico celo demostró en Calahorra, para donde fué nombrado Administrador Apostólico el 1900.

Al encargarse de esta nueva Diócesis, encontró con una importante suma, acumulada



él prendados, lo cual hizo pensar á sus superiores en esclerecerle y subirle cada vez más, hasta donde el ejemplo de su virtud y la aureola de su ciencia pudieran fácilmente difundirse. Y ved aquí cómo Dios, en sus inviolables juicios, iba elevando para la vida pública al que ponía su mayor empeño en vivir para la oración, el retiro y el consuelo íntimo del prójimo.

Era esto el 1862, en cuyo año salió para Manila, presidiendo una misión de religiosos, volviendo á nuestra patria al muy poco tiempo, pues sólo se detuvo en el archipiélago veintinueve días.

De vuelta aquí, continuó con su cargo de Maestro ó Lector de Teología, hasta que algunos años después fué nombrado Rector del Convento de Consuega, desempeñando el mismo cargo en Pastrana, la Puebla de Montalbán y Almagro, desde cuyos puntos dilató tanto sus trabajos apostólicos, que hoy mismo se recuerda como un hombre dotado de las más singulares virtudes y de las más

sofías días falleció en dicha localidad uno de los fanáticos defensores de las decantadas y funestas libertades. Al entierro acudieron de Madrid buen golpe de gente ácrata que acompañaron el cadáver al Cementerio, donde con pretexto de una oración fúnebre pronunció cierto personaje de la Corte palabras ofensivas á Dios y á la Iglesia, cosa corriente entonces y que se hacía á mansalva, por contar con la fuerza aquellos nefandos demagogos. El Padre Aguirre, presente también, no pudo contenerse ante tamaño insulto á su fe, y abriendo la boca, ensalzó á Dios y á la Iglesia. Los libertarios pedían á voces su muerte, incitando á la fuerza armada á sus órdenes para que la ejecutaran, lo cual produjo entre los asistentes horrible confusión; pero el Padre Rector, sin inmutarse, fué el único que permaneció sereno y tranquilo, esperando que una descarga le llevara al cielo, su único deseo, por haber cumplido con un deber.

Á todo esto unía actividad pasmosa y ni un momento puede decirse que descansaba en su celo apostólico de difundir por todos los medios las puras enseñanzas religiosas.